



II Gran Capítulo Yecla, 03.12.2000

El vino en Yecla

Miguel Ortuño

Cronista Oficial de la Ciudad de Yecla

Hablar sobre el vino y Yecla es tratar de dos términos que han estado unidos a lo largo de los siglos. La vida económica de esta población se ha basado fundamentalmente en su producción vínica, de tal modo que aquí bien puede aplicarse aquella sentencia clásica referida a la viña, cuando con un juego de palabras los latinos decían que *vitis, quasi vita*, la vid es casi la vida, y así los períodos de esplendor de nuestros tres últimos siglos han correspondido a épocas en que el vino tenía su justa cotización y estima.

Este apogeo no ha sido cosa sólo de las tres últimas centurias. Se remonta a la antigüedad, de tal modo que el vino en Yecla ha venido a ser, parafraseando a Plinio, como la sangre de esta tierra. En nuestro Museo Provincial se conserva un friso de mármol pardo, fragmento de una estela del siglo I de nuestra era, encontrada en Yecla, concretamente en el paraje de los Torrejones, y que representa a un trozo de cepa de la que arrancan cuatro racimos de uva y cuatro pámpanas inclinadas, como agitadas por ese recio viento que tantos autores han descrito como característica climática de Yecla.

Alguien podría pensar que este bajorrelieve fuera el capricho de algún rico romano que hiciera ese encargo a cualquier escultor del incipiente Imperio. Más no fue capricho. Fue algo que él contemplaba en estas tierras del Altiplano, en estas tierras altas del vino, porque, de esa misma época y en el paraje yeclano de la Fuente del Pinar, nuestro arqueólogo Liborio Ruiz Molina ha descubierto, hace justamente un año, un lagar, un almacén de vinos con improntas para colocar los depósitos del noble líquido, una bodega reutilizada hasta casi fines de la Edad Media. Observen que al referirme al vino le he antepuesto el adjetivo de noble para así intensificar su calidad y su valía, un epíteto que, aparte de las personas, sólo se aplica a lo que puede gozar de excelencia, como determinados metales o maderas, como el ópalo o como el arte. Y es que la enología (el entendido auditorio lo sabe mejor que yo) deviene siempre en arte cuando la materia prima posee entidad para ello. Este es el caso de esa uva Monastrell que da un vino tinto de color intenso y de sabor agradable y aterciopelado, con sensación de aroma y de frescura. un vino que os une en Cofradía y os obliga a propagarlo y defenderlo.

Y al nombrar la cepa Monastrell con sus racimos prietos y dulces, pienso que se da principalmente en zonas con una cierta cercanía al Mediterráneo, como si apeteciera otear el *Mare Nostrum* de la civilización y la cultura. Y yo sugiero y deseo que al igual que sucede con otras muchas variedades de

cepas o de vinos (Rioja, Jerez, Oporto, Burdeos, Chacolí, Ribeiro, Malvasía, Moscatel, Garnacha, Albilla, Fondillón, etc.), esta variedad de uva nuestra, la Monastrell, figurará también pronto en el Diccionario Oficial de la Real Academia de la Lengua. En este sentido, Carmen Ortín y yo hemos dado ejemplo al incluir el término Monastrell en nuestro Diccionario del habla de Yecla.

Dije antes que Yecla estaba ligada al vino en sus tres etapas hegemónicas. La primera en el siglo XVIII cuando se roturan los campos, se trazan estas calles amplias y geométricas, hay largos períodos de paz, no se conocen epidemias y la población se cuadruplica, pasando en este siglo de dos mil quinientos habitantes a diez mil. El censo de Esquilache, de 1761, indica que el viñedo ocupa mil quinientas hectáreas, con una producción en tomo al millón de litros. En 1779 pasa por esta zona el Abate francés Nicollé de la Croix, entendido en vinos, y califica al de Yecla de buena calidad y excelente.

La segunda etapa de prosperidad fue de 1860 a 1892, cuando cambia la faz de la ciudad, con su teatro y su plaza de toros, con sus templos y sus asilos, con su célebre Colegio de Escolapios y hasta con este Auditorio que nos acoge. Yecla, con quince mil hectáreas de plantaciones de vid, exporta a Francia grandes cantidades de hectolitros de vino, hasta que en el citado año de 1892 se rompió el tratado con la nación vecina y llegan largos años de decadencia y postración. Cuando leáis La voluntad de José Martínez Ruiz entenderéis las razones de su pesimismo. Él había vivido aquí como estudiante de 1881 al 88, en unos años prósperos, y cuando retorna en 1901 y 1902, fecha en que se publica dicha novela, encuentra una población sumida en la pobreza en la abulia y en el desencanto.

El tercer período de esplendor, que ya dura cuatro decenios es el actual; sobre él no me extiendo porque son otros los que dominan el tema mucho mejor que el que os habla. Pero me interesa hacer constar que si la otra gran palanca de nuestra economía es la industria del mueble, ésta surgió, aparte de por la iniciativa inteligente de unos hombres, porque aquellas naves y talleres estaban avaladas y financiadas, en la mayoría de los casos, por agricultores, por los dueños de los viñedos que, al mecanizarse no necesitaban de tantos brazos y se lanzaban a la valiente aventura de la empresa industrial.

Y termino con unas notas propias de mi condición de antiguo profesor de literatura. Es bello saber que dos de las mejores plumas de este siglo que acaba, al hacer sus descripciones yeclanas, emplearon términos véricos. Pienso en Pío Baroja, que para explicarnos cómo es el Castillo que domina la ciudad acude a un símil y escribe que daba la impresión de algo vigoroso y ardiente, como el sabor de un vino centenario. Y especialmente el maestro Azorín, que para referirse al mes de agosto nos habla de la verdura impetuosa de los pámpanos, y cuando narra su venida a Yecla durante ocho octubre nos dice que llegaba cuando los pámpanos se iban haciendo amarillos y llegaban los crepúsculos grises del otoño.

Estáis en Yecla, amigos, en la ciudad de los lagares claros, en expresión también azoríniana. Aquí habéis encontrado monumentos que denotan un interesante pasado artístico. Aquí habéis podido contemplar unos bailes tradicionales en la Plaza Mayor renacentista. Aquí podéis dialogar con gentes que miran esperanzadas el porvenir. Pero también observareis, y esto es lo que más vale para personas como las que formáis tan ilustre Cofradía, la vivencia de lo que sirvió a Azorín para definir a Yecla: encontrareis, desde nuestro alcalde hasta cualquiera que se acerque a vosotros, una amplia cordialidad.